

# El asesinato que se celebró en una gallera

*\*En medio de una pelea de gallos, el temible paramilitar, alias Cadena, celebró el deceso de la fiscal Yolanda Paternina, a quien había ordenado matar. Un pasaje horrendo en la historia de quien fue llamado el asesino de Macayepo.*

✓ Por  
**ALFONSO HAMBURGER\***

Verrugas, como fue bautizado desde tiempos inmemoriales, puede ser un pueblo cualquiera si no fuera porque en él reinó de pies a cabeza, con su cadena de oro colgada en el cuello, el paramilitar Rodrigo Mercado Peluffo, alias Cadena. Dicen que allí vivió a sus anchas, mientras la gente, sumisa a sus órdenes, le daba rienda suelta a esa promiscuidad avasallante en medio de la riqueza agreste de un mar sin olas y una vida eternizada de pobres.

La anarquía de esos años, en los que ocurrieron miles de hechos espeluznantes e increíbles, los hizo más pobres y más alejados de la realidad del mundo. La memoria de los testigos los relaciona con la finca El Palmar, donde se calcula que están enterradas varios centenares de víctimas del paramilitarismo, porque una ceiba y sus contornos de palmeras, entre verdoros intensos y grises eternos de veranos, se convirtió en la puerta del infierno a la orilla del paraíso.

La música parece ser todo para esta gente que vive enredada en una pobreza elocuente, mientras esperan la fiesta del patrono San

José, el diecinueve de marzo, en que celebran con tiros al aire, ron a raudales y mucha champeta, en la nutrida procesión popular, el milagro de seguir vivos. Ese día se emborrachan sin distinción de edad o sexo. Las mujeres semidesnudas y sin zapatos danzan tras la efigie del santo. La algarabía colectiva, solo comparada con un grito de gol, con una embestida de un toro y el guapiro del fandango, se hace como si esta fuera la última expresión, la última oportunidad de vida sobre la tierra. Como si después del baile llegase la muerte.

Diecinueve de Marzo, fecha cumbre de Verrugas. Diecinueve de

*\*Alfonso Hamburger es periodista egresado del programa de Comunicación Social de la Universidad Autónoma del Caribe. Ha trabajado como periodista en El Universal, El Heraldo y El Meridiano. También ha incursionado en el periodismo radial y televisivo en RCN y Telearibe. Autor de varios libros de cuentos y crónicas. Fue ganador del Primer Concurso Nacional de Novela "Manuel Zapata Olivella".*

“

*La belleza paisajística de Verrugas contrasta con la vida material de sus descamisados habitantes. En la orilla de ese mar sereno como un plato, la actividad de las canoas y boliches que llegan de una larga jornada de pesca es una fiesta. Verrugas no tiene una sola calle pavimentada, el servicio de alcantarillado no existe, la luz es precaria y amarillenta, incapaz de soportar un enfriador donde refrigerar los peces. Hasta hace meses no había Inspección de Policía, menos en la época de Cadena, donde imperaba la ley del monte*

”

Marzo, así se llama la gallera del pueblo, en la que Rodrigo Cadena se enteró primero que nadie, que la fiscal Yolanda Paternina Negrete acababa de morir en la calle Ford, de Sincelejo, antes de llegar a su casa. Estaban reunidos jugando cartas, apostando gallos y bebiendo. Todos sabían



*Este es alias Cadena, el temible paramilitar que sembró el terror en varias regiones del Caribe colombiano.*

qué iba a pasar esa noche del veintinueve de agosto de 2001. La Fiscal llevaba el caso por la masacre de Chengue y estaba metiendo mucho sus narices.

Cadena había ordenado el operativo. Toda Verrugas parecía saber que iban a matar a alguien. Todos sospechaban la noticia de su muerte. El Chato, taxista sincelejano, encargado de hacerle las carreras a la funcionaria, estaba de suerte aquella tarde. Ella lo había llamado para que la re-

cogiera en la puerta de La Fiscalía, en el centro de Sincelejo, y la trasladara a su casa del barrio La Ford, al norte, pero él tuvo un retraso casual por cuenta de una carrera que le resultó para llevar, a última hora, a una pareja a un Motel. El Chato le pidió a un amigo el favor de reemplazarlo en el servicio, que se convertiría en la carrera fatal. En su última carrera. La orden de Cadena era no dejar testigos del crimen. El chofer que la llevaba murió con ella, cuando faltaban quince mi-

nutos para las ocho de la noche. El Chato contó que la pareja se había demorado más de la cuenta cuando fue a recogerlos en el motel, quizás porque alargaron la pasión. Cuando los llevaba de regreso, escuchó la noticia. Se había salvado por un pelo.

Las investigaciones –que permitieron la captura de El Gato, uno de los dos sicarios que le hicieron la celada y que más tarde se convirtió en un desmovilizado de las AUC– establecieron que la ausencia del escolta que habitualmente acompañaba a la Fiscal había sido planeada con la complicidad de hombres del DAS y de la propia Fiscalía. Paternina murió pidiendo auxilio.

Había insistido hasta el cansancio en que la trasladaran a otra ciudad, por las continuas amenazas de muerte.

Ni la policía, ni los periodistas, ni siquiera la misma Fiscalía. Tampoco los familiares de la Fiscal se enteraron con tanta prontitud de su muerte, como el pueblo de Verrugas, que estaba apostado en la gallera. El mismo sicario que le disparó se encargó de llamar al patrón para confirmar que estaba muerta. Y Cadena, eufórico por lo que consideró triunfo, tomó los micrófonos donde anunciaban los gallos:

–¡Esa hijueputa acaba de morir!  
–gritó en público.

Los asistentes festejaron. La parranda siguió hasta la madrugada, con ron, gallo y champeta.

El Nono, quien vive ahora en Sincelejo y estaba ese día en la gallera, recuerda la euforia de la gente con una mueca ambigua de pena y de dolor. Recuerda también el susto que pasó, el más grande de su vida, cuando Cadena se enamoró de un gallo de su cría, que había ganado dos peleas seguidas. Una vez empezaron las apuestas, el sanguinario jefe de las AUC dobló la partida. Subió las apuestas hasta alcanzar treinta millones de pesos, una cifra récord para la población. “¡Treinta millones por el gallo del gordo!”, gritó.



*La masacre de Macayepo se le atribuye a Cadena y sus hombres, quienes también realizaron acciones criminales contra jueces y fiscales.*

Cuando El Nono escuchó la cifra, sintió un retortijón de tripas en su vientre. Cadena entró a la zona de pesaje y con sus ojos de asesino se le acercó al gallo –ya pesado para la riña– y después de mirarlo con detalle, echándole el tufo de su aliento de queso con cebolla, muy cerca, le gritó: –Este hijueputa gallo se parece a mí. –¿Cómo así? –preguntó El Nono. –¡Tiene cara de asesino!

Emiro, un muchacho escuálido, asistente de El Nono, que se ganaba la vida cuidando los gallos, confiesa que no sabe cómo calzó las espuelas del gallo asesino, pensando en que si el animal perdía era hombre muerto. Antes de

la pelea le dijo a su amo que tenía dolor de estómago, que se iba a cagar bien lejos, donde las balas de Cadena no lo alcanzaran.

No hubo alternativa, El Nono tuvo que entrar al coso, a pelear su gallo. Sonó la campana, soltó su gallo y dio la espalda para salir corriendo del ruedo. No había tranqueado la valla cuando oyó la explosión de júbilo. Al voltear la mirada hacia la pelea no lo podía creer: su gallo le dio “una morcillera” en el primer salto a su contendor, que había quedado muerto como un palo, tendido en la valla.

El Nono volvió sobre sus pasos y se lanzó de bruces sobre el gallo muerto, revolcándose con su san-

gre caliente, sus plumas húmedas y sus fuerzas inútiles. Nadie antes lo había visto tan eufórico con uno de sus triunfos, porque no acostumbraba a celebrar la muerte de ningún animal. Ese día no celebraba la muerte del contendor sino la continuidad de su propia vida. Una semana después, Cadena lo buscó para que le prestara otro gallo para pelearlo y El Nono le dijo que no tenía más que dos gallos y que ambos estaban mudando las plumas. Así se lo quitó de encima.

La belleza paisajística de Verrugas contrasta con la vida material de sus descamisados habitantes. En la orilla de ese mar sereno como un plato, la actividad de las ca-



*Cadena actuaba en nombre de las Autodefensas Unidas de Colombia, una organización criminal de la que derivaron otros grupos paramilitares.*



*Las investigaciones –que permitieron la captura de El Gato, uno de los dos sicarios que le hicieron la celada y que más tarde se convirtió en un desmovilizado de las AUC– establecieron que la ausencia del escolta que habitualmente acompañaba a la Fiscal había sido planeada con la complicidad de hombres del DAS y de la propia Fiscalía. Paternina murió pidiendo auxilio. Había insistido hasta el cansancio en que la trasladaran a otra ciudad, por las continuas amenazas de muerte*



noas y boliches que llegan de una larga jornada de pesca es una fiesta. Verrugas no tiene una sola calle pavimentada, el servicio de alcantarillado no existe, la luz es precaria y amarillenta, incapaz de soportar un enfriador donde refrigerar los peces. Hasta hace meses no había Inspección de Policía, menos en la época de Cadena, donde imperaba la ley del monte.

Cierta vez, un joven se atrevió a arrancar de la pared uno de los avisos que Cadena había ordenado pegar para que recogieran los puercos callejeros. El paramilitar lo hizo arrodillar en la arena caliente, después le ordenó que abriera la boca y por allí le metió el disparo. Enseguida le cortó las manos.

Cuentan que en sus calles rodaban las carteras y los accesorios

femeninos que llevaban puestos dos bellas muchachas de Sincelejo que osaron pisar su territorio. Su único pecado fue ser damas de compañía de dos detectives de la Sajín, Fabio Coley y José Luis de la Rosa, que habían estado de “turismo” en tierras peligrosas para averiguar el paradero de Cadena, conocido también como el asesino de Macayepo. Los jóvenes detectives habían logrado desarmar a los paracos que los interceptaron cuando iban para Verrugas, pero estos les dijeron que el Patrón no les haría nada, que sólo quería hablar con ellos. Comieron del engaño, porque una vez bajaron las armas, fueron condenados a muerte. Era el 27 de mayo de 2001, día en que todo empezó a descomponerse. Después todo fue una locura de sangre, gallos y fandangos.

Dicen que a las muchachas las enterraron vivas pero después, cuando supieron que los detectives eran gente importante, ordenaron desenterrarlas y tirar sus cuerpos al mar. La operación, que buscaba borrar evidencias, fue tan visible que las carteras de las muchachas quedaron a la deriva por las calles como trofeos y hasta el más desprevenido habitante sabía el cuento con detalles. Mientras tanto, los papás de las muchachas entregaban declaraciones a la prensa, pidiendo que respetaran sus vidas. Ya estaban muertas, como la fiscal Yolanda Paternina, como tantos que terminaron en fosas comunes y caminos inciertos, cuyos nombres se llevó el asesino de Macayepo a su tumba, sin que nadie lo pudiera juzgar. ■